

# LA IMAGEN DE FERNANDO EL CATÓLICO EN LAS LETRAS BARROCAS: DE LOPE DE VEGA A BALTASAR GRACIÁN

LUIS SÁNCHEZ LAÍLLA

## FERNANDO REDIVIVO EN LAS TABLAS

Dice Baltasar Gracián en *El Político* que la memoria de los monarcas del pasado «se va eternizando en los bronce de la tradición»<sup>1</sup>. La palabra *tradición* no obedece a casualidades, como casi nada en el jesuita, pues escogiéndola Gracián se permite obviar las connotaciones que tendría el empleo del término Historia, que remitía ya en su época al registro de hechos pretéritos y a su interpretación más o menos científica. Quería subrayar más bien la existencia de una imagen de los personajes históricos independiente de las certezas documentales, una *verdad* cuyo fundamento es el renombre o timbre de la fama, propiciado por la transmisión oral pero que discurría también por cauces escritos, y al que solo se le puede dar el adjetivo de *histórica* por el hecho de haber perdurado en el recuerdo de las generaciones sucesivas. Esta cita se produce curiosamente en un pasaje en que el que se hace referencia a reyes «de horror, de escándalo, de infamia», pues Gracián era consciente de que la huella que los gobernantes nefastos dejan en el recuerdo del pueblo es más indeleble que la de los buenos gobernantes. Sardanápalo, Nerón, don Rodrigo y otros, despojados de matices por el vulgo y convertidos por antonomasia en emblemas de taras y de vicios, perviven en la tradición como grabados en metal y de allí saltan a la literatura, que es soporte, según la inmortal acuñación horaciana, más perenne que el bronce<sup>2</sup>. El mismo fenómeno atañe también a personajes de feliz memoria. En todo caso, queda claro que la Literatura bebe sin miramientos de cauces que

---

<sup>1</sup> Cito siempre por mi ed., *El Político Don Fernando el Católico*, introducción de Aurora Egido, Jaén, Almuzara (blu-minor), 2010, p. 100.

<sup>2</sup> En *Carmina*, III, xxx, 1: «*Exegi monumentum aere perennius*».

están vedados a la Historia o que esta ha de poner en cuarentena: lo proverbial, lo legendario, lo metafórico, desde la refundación humanística de la historiografía, no podía tener entrada libre en los libros de historia.

Un autor tan sensible a la voz del pueblo y tan conocedor de la virtualidad literaria de la tradición como Lope de Vega no pudo desaprovechar el renombre de Fernando el Católico para trasladar a las tablas una imagen del monarca aragonés muy esquemática pero no necesariamente reñida con la real. La media docena de comedias en cuya acción interviene Fernando<sup>3</sup> sirven para trazar un perfil cuyos rasgos se repiten de forma convencional en otros autores contemporáneos y que nos presenta, en primer lugar, a un rey guerrero, recortado sobre la memorable ocasión de la toma de Granada, donde puede también dar prueba de su generosidad en el premio de sus generales y de su caballerosidad en el respeto por los vencidos. Es el caso de *Los hechos de Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe*, *El cerco de Santafé*, *La envidia de la nobleza* o *El nuevo mundo descubierto por Colón*. La reconquista de la ciudad nazarí es el *factum* por excelencia de Fernando el Católico sin perjuicio de que otros muchos sean también recordados con profusión, como veremos luego. Por otro lado, Lope nos presenta a un rey justo, que toma la palabra al final de comedias como *Fuente Ovejuna* para resolver el conflicto planteado. Bien es cierto que en casi nada se diferencia Fernando de otros monarcas que aparecen en otras obras de Lope para llevar a cabo la distribución ritual de justicia y que, en muchas ocasiones, es el rey aragonés y no otro el elegido porque así lo marca la fuente que ha servido de inspiración. Sin embargo, el hecho de que en una comedia como *Los comendadores de Córdoba*, que recrea una leyenda basada en un hecho histórico acaecido en tiempos de Juan II de Castilla, se reubique en el reinado de los Reyes Católicos<sup>4</sup>, es prueba de que en la memoria colectiva de los españoles la prenda relevante, el «quilate rey», en términos gracianescos<sup>5</sup>, de Fernando es la justicia, virtud de arraigo medieval. Todavía su reconocimiento como rey político, cualidad moderna reivindicada por otros autores, no ha logrado des-

<sup>3</sup> Un primer inventario de comedias lopescas en las que Fernando el Católico aparece como personaje fue realizado por Agustín del Saz, «Los Reyes Católicos en el teatro. Algunos datos para un futuro estudio», *Boletín de la Universidad de Madrid*, I (1929), pp. 19-25. Completaría el catálogo, con mayor detenimiento en cada una de las obras, Joaquín de Entrambasaguas, «Fernando el Católico, personaje de Lope de Vega», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XI (1952), pp. 215-257.

<sup>4</sup> Véase el prólogo de la ed. de José Enrique Laplana en Silvia Iriso (coord.), *Comedias de Lope de Vega. Parte II*, Lérida, Milenio-Universitat Autònoma de Barcelona, 1998, vol. 3, pp. 1023-1174.

<sup>5</sup> «Del quilate rey» es el título del primor IX de *El Héroe*.

plazar la imagen tradicional. Ciertamente es que un dibujo hecho de dos trazos puede parecernos un retrato reductor, pero la memoria es selectiva, y más la memoria popular. Por otro lado, el rey guerrero y justo es la reformulación literaria de un viejo tópico que cifraba en la *fortitudo* y en la *sapientia* las cualidades del monarca y que tenía en Alejandro Magno su modelo más consolidado.

Cabe también en Lope la semblanza menos amable e igualmente simplificadora de Fernando el Católico, pues también la tradición apuntaba a ciertas debilidades del rey, como la tacañería y el recelo hacia sus servidores más destacados. Así, en *Las cuentas del Gran Capitán* nos presenta a un Fernando, casado con Germana de Foix, que intenta crear una corte en Nápoles, que juzga sospechoso a Fernando González de Córdoba por sus brillantes campañas italianas y que deja traslucir su resentimiento cuando recibe la noticia de que ha de volver a gobernar en Castilla por la muerte de Felipe el Hermoso y la incapacidad de su hija Juana. Parece que Fernando, desvinculado de la reina Isabel, se ensombrece en el prisma castellano que es la obra del Fénix<sup>6</sup>. Todo lo contrario sucederá en Aragón, como veremos.

El dibujo más nítido y complejo de Fernando el Católico tiene lugar en la única obra de Lope en la que es protagonista, titulada *El mejor mozo de España*, en la que se dramatiza el célebre episodio de las bodas secretas de los Reyes Católicos<sup>7</sup>. Fernando, que es *mozo*, pues apenas ha abandonado la adolescencia, cruza las fronteras de Castilla disfrazado de *mozo* de espuelas<sup>8</sup> para sortear la vigilancia impuesta por Enrique IV de Castilla, que se opone al matrimonio, y llega a Valladolid, donde le espera la princesa Isabel, que lo ha elegido como esposo siguiendo de forma inconsciente un designio divino. Argumento novelesco que, sin embargo, tiene visos de verídico, puesto que así lo recogen las crónicas y lo suscriben historiadores de la talla de Zurita<sup>9</sup>.

---

<sup>6</sup> Cf. J. de Entrambasguas, *op. cit.*, pp. 250-254.

<sup>7</sup> La comedia fue recogida en la *Parte XX* de comedias de Lope (Madrid, Viuda de Alonso Martínez, 1625). Cito por la ed. de Warren T. McCready, *El mejor mozo de España*, Salamanca, Ediciones Anaya S.A. (Biblioteca Anaya / Autores españoles), 1967. Además del estudio introductorio de McCready, pueden verse también las páginas dedicadas a esta comedia en J. de Entrambasguas, *op. cit.*, pp. 230-247. Le dedicó también su atención Manuel Alvar: véase «El mejor mozo de España para una infanta de Castilla», en *Fernando II de Aragón el Rey Católico*, presentación de Esteban Sarasa, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996, pp. 123-141.

<sup>8</sup> La ambivalencia del término es subrayada en los vv. 1646-1649 y 2302-2304.

<sup>9</sup> McCready, *ed. cit.*, p. 15, señala como posibles fuentes el *Memorial de diversas hazañas* de Diego de Valera o *Crónica castellana* de Alonso de Palencia, adaptación o traducción

La figura de Fernando se perfila por oposición al resto de los pretendientes de Isabel: el marqués de Calatrava, el rey Alfonso de Portugal, el francés duque de Segorbe, todos ellos personajes históricos, y el imaginario duque de Segorbe, cuya función es simbolizar que la búsqueda que emprende Gutierre de Cárdenas para encontrarle esposo a la futura reina por los cuatro puntos cardinales ha resultado en vano<sup>10</sup>. La elección en última instancia de Fernando parece obedecer a una interpretación mesiánica, subrayada a lo largo de la comedia por una serie de presagios que, de forma más o menos ortodoxa, apuntan a la providencial intervención divina para que el matrimonio llegue a buen puerto. Así, en una escena, Isabel está jugando con sus damas a un juego de ABC, consistente en la formación de palabras con fichas o cartas que representaban letras, y la princesa, obedeciendo a una repentina afinidad, elige la F como la letra más hermosa (vv. 1702-1704). Por su parte, Fernando recibe la carta de una mora en la que aparece un extraño jeroglífico, formado por una F y una Y coronadas, que despiertan una discusión acerca de su sentido (vv. 695-743). Es evidente que los espectadores ya conocen el significado de estas letras, pero Lope juega a crear una complicidad con el público que compense la absoluta falta de intriga en el desarrollo de la acción, pues todos sabemos cómo termina la historia<sup>11</sup>. De mayor impacto es la muerte fulminante del marqués de Calatrava, único pretendiente a la altura de Fernando en gallardía y valor, que cae desplomado después de manifestar que se casará con Isabel lo quiera Dios o no (vv. 1961-1962), signo inequívoco de que el matrimonio de la princesa es asunto divino<sup>12</sup>.

---

anónima de las *Décadas latinas* de Palencia. Por su parte, J. de Entrambasaguas, *op. cit.*, p. 230, incluye entre las fuentes el libro XVII de los *Anales de Aragón* de Jerónimo Zurita.

<sup>10</sup> Véase McCready, *ed. cit.*, p. 19. En esta distribución geosimbólica, al maestre Pedro Girón le toca representar el sur de los reinos de España, atendiendo a la ubicación de la villa de Calatrava y a la abundante presencia de la orden en Andalucía por medio de encomiendas.

<sup>11</sup> Lo conocido de la historia y del fin de la trama exime a Lope de crear una estructura con intriga. El interés lo consigue con un entramado mítico, la inclusión de elementos cómicos y la invención de conflictos secundarios. Para todos estos aspectos, véase David Gitlitz, «*El mejor mozo de España* de Lope: montaje de un mito nacional», en *El escritor y la escena: Actas del I Congreso de la Asociación Internacional de Teatro Español y Novohispano de los Siglos de Oro (18-21 de marzo de 1992, Ciudad Juárez)*, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1993, pp. 131-134.

<sup>12</sup> En otros lugares, se abunda en esta idea de la predestinación de las bodas. Así, el hermano del duque de Segorbe asume que no es voluntad de Dios que este matrimonio se produzca (vv. 1235-1240).

Con independencia de que todo apunte a Fernando como esposo predestinado, su elección se debe a que Gutierre de Cárdenas, el noble comisionado para la evaluación de los candidatos, descubre en la manera de conducirse del príncipe aragonés unas cualidades que están a la altura de Isabel. Fernando, como mozo que es, actúa como un galán de comedia, que corteja a las mujeres, aunque siempre se muestra respetuoso con ellas (vv. 2130-2133), por muy humilde que sea su extracción, caso de Celinda, a la que recibe tras haber conocido su condición de mora porque así se lo había prometido (vv. 627-629). La caballerosidad es rasgo fundamental, que alcanza su punto culminante cuando Fernando, al oír en boca de Cárdenas el nombre de Isabel, se quita el sombrero (vv. 1596-1606)<sup>13</sup>. Por otro lado, Fernando, que se presenta ya encandilado por la famosa belleza de Isabel, no ha querido ofrecerse como pretendiente porque, como dice él mismo, «el ofrecerme desdice / de quien soy» (vv. 577-578), mostrando una notable conciencia de su dignidad. No es tampoco cobarde ni supersticioso, cuando sus servidores le aconsejan que no abra la carta enviada por la mora (vv. 673-680). Fernando recibe a los emisarios cuando ha terminado de jugar a la pelota, ejercicio físico propio la nobleza<sup>14</sup>, y viste ya un ropaje en el que se ha hecho bordar las misteriosas letras del jeroglífico, a manera de invención cortesana que vuelve a provocar varias interpretaciones entre las damas (vv. 1564-1649).

Vemos de qué manera sutil Lope nos plantea la imagen de un rey cortesano que se suma a la tradicional estampa guerrera de Fernando. Ambas dimensiones nos hablan de un viejo ideal renacentista al que los otros pretendientes parecen no responder. Aparte del fulminado marqués de Calatrava, los extranjeros son descartados por la rudeza de sus modales, y el duque de Segorbe porque, a decir de Cárdenas, tiene las manos blandas, señal de que no es guerrero (vv. 1199-1200: «El cetro, por ser tan blandas, / se le cayó de las manos»). Por otro lado, la belleza externa de la conducta es reflejo de la belleza interior y las virtudes del noble trascienden su disfraz, pues, incluso en los ropajes de humilde mozo de espuelas, los actos de Fernando despiertan la suspicacia de los auténticos criados de una posada y enamoran a una mujer (vv. 2079-2086), de la misma forma que Isabel, disfrazada de pastora, conversa con su hermano el rey dando sospechosas muestras de discreción (vv. 2389-2426). En todo caso, el reconoci-

---

<sup>13</sup> Don Gutierre se referirá más adelante a este gesto (vv. 2516-2521) como revelador de la idoneidad de Fernando para desposarse con Isabel.

<sup>14</sup> Para calibrar la importancia de estos ejercicios, puede verse el capítulo 4 de la *Razón de estado del rey don Fernando el Católico* de Saavedra Fajardo y la tercera de sus *Empresas políticas*, «*Robur et decus*».

miento de los méritos de Fernando es universal, pues Gutierre de Cárdenas (vv. 1649 y 2533) y don Fadrique (v. 2304), representantes de las noblezas castellana y aragonesa, y el criado Martín (v. 1938), que encarna el sentir del pueblo, se referirán a él como «el mejor mozo de España». Aunque todo ello es ficción literaria, Lope refleja en su comedia la existencia real de una especie de intuición popular, una *vox populi*, que como dice el refranero es la voz de Dios, en torno a la valía de Fernando, de la que fueron testimonio cantarillos como el de «Flores de Aragón, / dentro de Castilla son», recordado por Manuel Alvar<sup>15</sup>.

Con todo hay que subrayar que Lope no envuelve a Fernando de resonancias épicas, que parecen reservadas en esta comedia para Isabel, a la vez que tiende una red de elementos simbólicos cuyo propósito último es dotar al personaje de una dimensión mítica, y, por extensión, sugerir un origen mítico de la monarquía hispánica. En la primera escena aparece Isabel, que ocupa su tiempo hilando unas sábanas para el Santo Sepulcro de Jerusalén, y una dama evoca a doña Urraca y a las hijas del Cid (vv. 9-15), vinculando de esta manera a la princesa con el pasado más heroico de Castilla. La referencia a Jerusalén permite una identificación remota de esta tierra con Castilla o España, también patria perdida<sup>16</sup>. Acto seguido, un criado se pone a cantar un romance en que se relatan los amores de la Cava y don Rodrigo (vv. 57-68), sugiriendo al público perspicaz que, si por unos amores ilícitos se produjo la pérdida de España, las bodas de Isabel y Fernando conducirán a su recuperación<sup>17</sup>. En sueños la princesa puede contemplar una figura alegórica que representa a España vestida de luto, a los pies de un moro a caballo y de un judío, que se dirige a ella en estos términos (vv. 115-118):

Isabel esclarecida,  
trueca la rueca en espada,  
que no eres de las mujeres  
que han de hilar, mas pelear.

El sueño es revelador de la misión histórica de Isabel, que ha sido la elegida por Dios para reinar en Castilla y llevar a término la restauración de España<sup>18</sup>. La propia Isabel manifiesta su deseo de convertir su rueca en bastón y su hilado

<sup>15</sup> Véase M. Alvar, *op. cit.*, p. 126. «Flores» tiene el sentido en el cantar de ‘lo más selecto o granado’.

<sup>16</sup> Véase M. Alvar, *op. cit.*, pp. 131-132.

<sup>17</sup> Cf. D. Gitlitz, *op. cit.*, p. 132.

<sup>18</sup> Todo el arranque de la comedia rezuma una visión mesiánica y canonizadora de la figura de Isabel. D. Gitlitz, *op. cit.*, pp. 129, relaciona *El mejor mozo de España* con las

en sogas (vv. 247-260), que serán metáforas de la justicia, y el criado compara a la princesa con la Parca, en cuyas manos está el hilo del destino de su reino (vv. 41-48). Al final de la comedia, una vez producido el enlace de Isabel y Fernando, reaparece la figura alegórica de Castilla, esta vez ella a caballo, con moros y hebreos postrados a sus pies, como si fuera una versión femenina de Santiago Matamoros, de iconografía tan familiar al espectador, llevando una tarjeta en la mano en la que se pueden leer las letras coronadas que representan a los esposos (vv. 2701-2722). De esta forma llega a su apogeo la sugerencia de que los futuros reyes están predestinados y que el sino de España está marcado por la Providencia. Algo sabíamos ya al respecto de Fernando, pues el jeroglífico de la mora traía al pie de las letras la imagen de gente degollada con diferentes trajes que representaban a moros y judíos (vv. 699-702), pero la alegoría final confirma la unidad de destino de Aragón y Castilla, pues Fernando, al escuchar su llamada, responde de la siguiente manera (vv. 2723-2726):

Espera, Castilla, en Dios,  
para gloria y alabanza  
de su fe y nombre divino,  
que cumpliré tu palabra.

El espectador de Lope sabía que la historia se había encargado de confirmar las enormes expectativas generadas por el enlace, pero el dramaturgo sabía también que nunca estaba de más reafirmar la esencial bondad del proyecto nacional vinculado a la fe católica que habían inspirado los Reyes Católicos. Téngase en cuenta que la composición de la comedia, en torno a 1610-1611<sup>19</sup>, no pudo ser ajena a la expulsión de los moriscos decretada por Felipe III, cuyos aspectos más traumáticos, abordados por otros autores<sup>20</sup>, podían ser velados recordando la sumisión de España a los designios divinos. Puede, no obstante, que el tiempo de las convicciones empezara a declinar, porque al final de la comedia se promete una segunda parte que nunca se llegó a escribir<sup>21</sup>.

---

comedias de santos por su estructura de *pageant*, es decir, de sucesión de cuadros cuya función es exaltar una figura, utilizada también en algunas comedias mitológicas.

<sup>19</sup> S. G. Morley y C. Bruerton, *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, Madrid, Gredos, 1968, p. 62, la fechan entre 1610 y 1611. McCready, *ed. cit.*, pp. 12-15, atendiendo a una carta de Lope dirigida al Duque de Sessa el 2 de julio de 1611 establece términos *a quo* y *ad quem* para la composición de la comedia: el 8 y el 24 de junio de 1611.

<sup>20</sup> Recuérdese el personaje cervantino de Ricote, en *Quijote*, II, cap. 54.

<sup>21</sup> Cierran la comedia las palabras de don Gutierre, vv. 2735-2736: «Aquí la primera parte, / noble senado, se acaba, / para empezar la segunda / del mejor mozo de España».

## RIBETES ÉPICOS DE FERNANDO

La perspectiva mesiánica que encontramos en *El mejor mozo de España* va a encontrar terreno abonado en la poesía de corte heroico. Cabe recordar a este propósito el poema recogido en el *Cancionero* del aragonés Pedro Marcuello, analizado por Manuel Alvar<sup>22</sup>, en el que el rey Católico cataliza el anhelo por la toma de Granada, la unidad de España y la conquista de Tierra Santa. Sin embargo, y puesto que este trabajo tiene por objeto la literatura del siglo XVII, centraremos nuestra atención en otro poema de similar intento, la *Canción a los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel* del poeta antequerano Agustín de Tejada Páez, sacerdote en Granada, compuesto por quince estancias consagradas únicamente a la exaltación personal y política de Fernando<sup>23</sup>. No sorprende que su figura despierte el interés del poeta, porque Tejada, que dedicó algunos poemas a ensalzar la ciudad del Genil y sus monumentos<sup>24</sup>, no podía posar la vista en cosa que no fuera memoria del monarca aragonés. Toda la ciudad de Granada es monumento a la grandeza de Fernando. El poema, sin embargo, conecta con la poesía descriptiva de túmulos funerarios, pues surge de la contemplación del sepulcro de los Reyes Católicos en la Capilla Real de la catedral de Granada (vv. 1-6):

Al túmulo dichoso que os encierra,  
Marte fiel, católica Belona,  
al turco espanto y al cristiano gloria,

<sup>22</sup> Véase M. Alvar, *op. cit.*, pp. 126-127.

<sup>23</sup> El poema está compuesto por catorce estancias de diecisiete versos, con el esquema ABCABCCdEEDfGFGHH, y por un envío de ocho versos. Forma parte del manuscrito RM 6898 de la Real Academia Española, conocido como *Poética silva*. Véase el trabajo de Inmaculada Osuna, *Poesía y academia en Granada en torno a 1600: La «Poética silva»*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Universidad de Granada, 2003. Cito el texto por la ed. de Jesús M. Morata, *Poesías completas* de Agustín Tejada Páez (<[http://www.antequerano-granadinos.com/archivos/orden\\_tematico\\_pleno.pdf](http://www.antequerano-granadinos.com/archivos/orden_tematico_pleno.pdf)>), pp. 191-199, donde aparece con la numeración 32 (XII). Analizó el poema con exhaustividad Ángel Ferrari en «Fernando el Católico, titán y bienaventurado», *Archivo de Filología Aragonesa*, II (1947), pp. 5-58. El historiador estructura la composición de acuerdo con un esquema aretelógico similar al empleado en su estudio clásico sobre *El Político* de Baltasar Gracián y busca correspondencias exactas, en muchas ocasiones con excesivo voluntarismo, entre las circunstancias personales y políticas del monarca expresadas en los versos y distintos episodios de los mitos hesiodianos relativos a los titanes. También dedica su atención el poema M. Alvar, *op. cit.*, 138.

<sup>24</sup> Véase, por ejemplo, el poema «Al Alhambra de Granada», n. 43 (XLVII) de la ed. de Morata.



esparza flores la española tierra  
y cerque en torno con triunfal corona  
que resucite en algo tal memoria.

La observación admirativa del sepulcro no da lugar, como es habitual en el género, a reflexiones morales sobre la fugacidad de la vida o de la gloria mundana, sino que sirve de pretexto para dibujar un retrato del ínclito rey. El apóstrofe continuado y la retórica superlativa de los adjetivos nos sitúan en el ámbito de la poesía epidíctica o de elogio, con visos de himno en la canonización del monarca, como veremos.

Podemos distinguir dos partes en el poema: la primera de ella es una semblanza del Fernando *in vita*, concebido como encarnación de las cuatro virtudes cardinales, intuitas y catalogadas junto con los hitos históricos en que la tradición sintetizaba la obra política del monarca: la templanza, manifestada en la evangelización de América, que puso fin a los sacrificios bárbaros, y en el sometimiento de los océanos (estancias 2 y 3); la fortaleza, en la pacificación del mundo y la supremacía de España sobre los cuatro continentes (estancias 4 y 5); la justicia, en la reconquista de Granada y la expulsión de los árabes (estancias 6 y 7); y la prudencia, en la instauración de la Inquisición, tribunal de Dios, y en la elección de Isabel de Castilla como esposa (estancias 8 y 9)<sup>25</sup>. El recuerdo de hazañas y virtudes y las referencias a Fernando como «capitán de Cristo» (v. 18) o «escudo firme de cristianos» (v. 87) convierten al rey en un *miles christianus*, con lo que el poeta evita otro tipo de fórmulas de simbolización, como la vinculación del rey con héroes y divinidades mitológicos, que se reduce a identificar a Fernando con el dios Marte, como hemos visto en el arranque del poema<sup>26</sup>. No obstante, la presentación de Fernando como soldado de Cristo abunda en el ideal caballeresco que hemos apuntado en la comedia de Lope y que salpica otros textos<sup>27</sup>.

<sup>25</sup> Cf. Á. Ferrari, *op. cit.*, pp. 20-43.

<sup>26</sup> Curiosamente el poema tiende de manera más explícita a la mitificación de Isabel, a la que ha nombrado como Belona al comienzo del poema (v. 2, «Marte fiel, católica Belona») y al final (v. 241, «al fuerte Marte y célebre Belona»), pero a la que vuelve a referirse identificándola con Juno y Minerva en el v. 147: «por ser de Juno y de Minerva ejemplo».

<sup>27</sup> Por ejemplo el *Diálogo de la verdadera honra militar* de Jerónimo Jiménez de Urrea, donde Fernando es un paradigma de la caballería, capaz incluso de retar en duelo al rey de Portugal, como haría más tarde Carlos Quinto en su más célebre desafío a Francisco I de Francia. Cito por la ed. de Domingo Ynduráin, Madrid, Ministerio de Defensa, 1992, p. 59: «El rey de Portugal aceptó el combate, mas pedía que para seguridad de las posturas fueran rehenes la reina doña Isabel, mujer del Rey Católico, y aquella doña Juana que

La segunda parte del poema es una evocación de Fernando *in morte*, que asciende al cielo junto a los santos y desde allí interviene tutelarmente en la política de sus sucesores. Es la canonización a la que hacíamos referencia<sup>28</sup>: aquí también el rey, que había sido presentado versos más arriba como brazo de Dios al instaurar la Inquisición (vv. 123-125), ostenta las virtudes teológicas (fe: estancias 10 y 11; esperanza: estancias 12 y 13; y caridad: estancia 14), mientras que anima las proezas de España contra los infieles, los herejes, y los enemigos internos, regateadores de su gloria. Pero, paradójicamente, se acentúa la tendencia a la mitificación. Fernando, al subir al cielo, con el peso de sus hazañas hace titubear al mismísimo Atlante (vv. 160-162), y el rey aragonés lo sustituye (vv. 169-170), convirtiéndose en emblema vivo del gobernante<sup>29</sup> y en símbolo de su propio dominio sobre el universo. No es la única imagen emblemática que encontramos en el poema, pues también Fernando se transfigura en árbol de ramas protectoras (vv. 222-238)<sup>30</sup> y en el último verso se hace referencia al «Tanto monta» (vv. 246-247: «pues al cielo se esparce y se remonta / el ubio y lazos de su tanto monta»), en el que el pueblo quiso ver, malversando su sentido

---

pretendía ser reina de Castilla. El Católico decía que no era igual Doña Juana que la reina de Castilla, su mujer, por no ser hija de rey, pero que en lugar de la reina daría a la princesa de los reinos de Castilla, su hija doña Isabel. Pero no aviniéndose el rey de Portugal a esto, llegaron a la gran batalla que llaman de Toro, que el Rey Católico ganó con seso, esfuerzo y mucho valor de su persona». El recuerdo de Carlos V, con recopilación de los carteles del desafío imperial, está en pp. 65-66. Téngase en cuenta que esta obra, publicada en 1566 y presente en la biblioteca de Lastanosa (cf. Karl-Ludwig Selig, *The Library of Vicencio Juan de Lastanosa Patron of Gracian*, Genève, Librairie E. Droz, 1960, nº 219), fue reeditada en Zaragoza en 1642 por Diego Dormer.

<sup>28</sup> Sin llegar a los extremos de Jiménez de Urrea, que opta por una subrepticia divinización de Fernando. En el mismo *Diálogo*, en un capítulo en el que alaba la capacidad de resistir la ira y soportar las injurias, refiere el episodio del atentado de Barcelona y dice así, convirtiendo al rey en contrafigura del mismísimo Jesucristo, p. 82: «En tiempos de nuestro padres, en Barcelona, un hombre dio una cuchillada al Rey Católico y, queriendo los que allí se hallaban matar al traidor, el Rey, que estaba casi degollado, dijo imitando a Cristo: “Dejadlo, dejadlo, que no sabe lo que ha hecho”».

<sup>29</sup> La imagen de Atlas como símbolo del hombre de gobierno es muy habitual, por ejemplo, en Gracián. Cf. *El Criticón*, III, p. 1276 (cito por mi ed., *Obras completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001): «Este es —le respondió— un Atlante político. ¿De qué piensas tú que está así, tan agobiado? De sostener un mundo entero».

<sup>30</sup> Un ejemplo del uso emblemático del árbol para significar al príncipe puede verse en la empresa 54 de Saavedra Fajardo, «*A se pendet*». Cf. también *El Político*, p. 80: «Árbol coronado es un cetro, que da por frutos hazañas».

original, la unión de las tierras de España<sup>31</sup>. Los muertos en las batallas de la fe católica son recibidos por Caronte en el ultramundo grecolatino (vv. 182-187), y las alusiones a la diosa Fama y las metáforas mitológicas para referirse a los dominios hispánicos, donde no se pone el sol, convierten a Fernando en monarca universal (vv. 216-221)<sup>32</sup>:

Mas tanto resplandece  
tu gran virtud, que, aunque resuelto en tierra,  
a la inmortalidad tu nombre ofrece  
la Fama, que eterniza al que no yerra,  
en cuanto inflama del ardor febeo  
Pirois, Lampo, Aetón y Filigeo.

Canonización y mitificación son dos facetas del aliento épico que sostiene los versos de Tejada<sup>33</sup>, y los mecanismos básicos para forjar la inmortalidad del monarca aragonés, identificada con la memoria perpetua y universal de su figura.

## ELOGIO Y RETRATO DE FERNANDO

Vemos, pues, que cuando Gracián en *El Político* habla del «universal Fernando», universal en sus talentos, en sus virtudes, en sus eminencias y en su imperio,

<sup>31</sup> Véase al respecto, M. Alvar, *op. cit.*, p. 130. Gracián explica el verdadero sentido del mote en *Agudeza*, XXXIV, pp. 605-606: «Así el católico rey don Fernando, viendo que no podía por maña y destreza destejer la liga de los príncipes, sus émulos, determinó de contrastarla por las armas y romper la guerra, valiéndose de aquellas palabras de Alejandro, cuando cortó el nudo gordio: “Tanto monta cortar como desatar”; y después la acomodó en ingeniosa empresa el famoso Antonio de Nebrija, a quien tanto debieron las letras humanas en España».

<sup>32</sup> Véanse también los vv. 205-210, donde se expresa el dominio del mundo de norte a sur: «Este fue el grande honor, la gloria fue esa, / con que veneró el mundo el brazo y celo / que al moro dio pavor, gloria al cristiano, / de donde el sol el suelo ardiente tuesta / a do, imitando al mármol, se ve el yelo / en cuajada dureza y color cano». Estas imágenes y la señalada correspondencia entre los hechos de Fernando y los mitos sobre los titanes, permiten a Á. Ferrari, *op. cit.*, p. 15, calificar este poema como ejemplo español de síntesis de lo pagano y lo cristiano.

<sup>33</sup> Gracián expresó los matices que, a su juicio, existían entre una y otra faceta en *El Político*, p. 44: «Fueron comúnmente tan prodigiosos los hechos de todos los fundadores, que las narraciones dellos se juzgaron antes por invenciones de la Épica que por rigores de la Historia. Los suyos los imaginaron más que hombres, hasta inagurarlos en dioses; los extraños, echando por otro extremo, los tuvieron por héroes fabulosos».

no está diciendo nada nuevo. Su tratado es una prolongada y retórica *amplificatio* del epíteto del monarca («el Católico») convertido en metáfora etimológica. *El Político* no es un libro de Historia porque carece de desarrollo narrativo<sup>34</sup> y las referencias a los hechos de Fernando se reducen a los cuatro o cinco hitos consabidos a los que nos hemos referido antes. Gracián consulta las fuentes históricas solo para encontrar los datos mínimos que corroboren el retrato idealizado de Fernando, cincelado en los bronce de la tradición<sup>35</sup>. Fernando el Católico, a estas alturas, ya no es un rey histórico, sino un rey arquetípico, una antonomasia de la monarquía. No vamos a referirnos a las intenciones escondidas en la utilización de esta imagen fernandina, porque la cuestión de las ideas políticas y doctrinales ya ha hecho correr mucha tinta, distorsionando incluso a nuestro modo de ver, la interpretación del tratado<sup>36</sup>. Por la misma razón, vamos a dejar de lado la vinculación de *El Político* con el género de los espejos de príncipes o *artes regendi*<sup>37</sup>

<sup>34</sup> Véase Emilio Blanco, «Los géneros literarios en Baltasar Gracián», en Juan Francisco García Casanova (ed.), *El mundo de Baltasar Gracián. Filosofía y literatura en el Barroco*, Granada, Universidad de Granada, 2003, p. 239. Para José Miguel Oltra, «Conformación de un texto de Gracián: *El Político don Fernando*», en *Gracián y su época. Actas de la I Reunión de Filólogos Aragoneses*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1986, p. 163, *El Político* no es una obra de Historia, «sino que actúa como el introductor de la inducción histórica en la especulación política». Aurora Egido, «El concepto de historia. De *El Héroe al Oráculo*», en *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, Madrid, Castalia (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 18), 2000, p. 120, señala que en el tratado, como en toda la obra de Gracián, la Historia está supeditada a otros fines, filosóficos, morales y literarios.

<sup>35</sup> Lo expresa certeramente J. Ángel Sesma, «*El Político Don Fernando*. El discreto aragonés de Baltasar Gracián», en Aurora Egido, M.<sup>a</sup> Carmen Marín y Luis Sánchez Laílla (eds.), *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001). Actas del II Congreso Internacional. Baltasar Gracián en sus obras (Zaragoza, 22-24 de noviembre de 2001)*, Huesca-Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución «Fernando el Católico»-Gobierno de Aragón, 2003, p. 29, de esta manera: «la imagen de Fernando, de “su” Fernando, está constituida intelectualmente y solo ilustrada históricamente con las pinceladas que son necesarias para vigorizarla. Tras Gracián, Fernando II de Aragón es otro, es un personaje».

<sup>36</sup> Para estas cuestiones remito a la síntesis de Alberto Montaner, «*El Político don Fernando el Católico*», en Aurora Egido y M.<sup>a</sup> Carmen Marín (coords.), *Baltasar Gracián: Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, Zaragoza, Gobierno de Aragón-Institución «Fernando el Católico», 2001, pp. 54-58. Véase también el artículo de Ricardo García Cárcel, «Gracián y la historia», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, 29-30 (2001): *Al margen de Baltasar Gracián (en su IV centenario)*, monográfico coordinado por Aurora Egido, pp. 129-144.

<sup>37</sup> El propio Gracián lo vincula con *La República* de Platón, *El Príncipe* de Maquiavelo y la *Razón de Estado* de Botero en el Museo del Discreto (*El Criticón*, II, 4). Cf. Emilio Blanco, *op. cit.*, pp. 234-242; y Pedro Ruiz Pérez, «Espejo de príncipes», *Ínsula*, 655-656

para situarnos en un territorio netamente literario. Para ello recorreremos una veta que no es novedosa pero que no ha sido explotada en profundidad. Nos referimos a la biografía literaria, aunque el término es demasiado moderno y puede tener sus peligros<sup>38</sup>.

La historiografía del siglo XVI, alentada por ideales típicamente renacentistas como el culto al hombre y la preocupación por la fama eterna, había focalizado su interés en el individuo como sujeto y artífice de la Historia<sup>39</sup>, y había inundado las imprentas de vidas de personajes históricos en los formatos más diversos, desde largas biografías apegadas al discurso cronológico a otros moldes más breves y permeables a otro tipo de estructuras. Y no solo vidas exentas, sino otro producto típico del humanismo, como son obras enciclopédicas *de viris illustribus*, que recopilan en un volumen abundante información de segunda mano sobre multitud de personajes históricos. Pueden servir de ejemplo la *Suma de varones ilustres* de Juan de Sedeño o los *Dichos y hechos memorables* de Giovanni Botero, fuentes seguras de Gracián, pero queremos llamar la atención sobre otro humanista, que a nuestro entender es clave en la interpretación de la obra del jesuita. Nos referimos a Paolo Giovio (españolizado Jovio), historiador italiano, autor de un libro de emblemas y de biografías de personajes célebres como el Gran Capitán<sup>40</sup>, citadas y aprovechadas abundantemente por Gracián<sup>41</sup>, pero, sobre todo, de un

---

(2011): «*Levante sus primores la agudeza*»: Baltasar Gracián (1601-2001), pp. 49-50. J. Ángel Sesma, *op. cit.*, pp. 27, define el tratado gracianesco como «modelo y manual de aprendizaje de una técnica, que es el ejercicio del poder». No es ajeno *El Político* a otros espejos, no necesariamente de príncipes: A. Egido, «La *Idea de nobles* de la Condesa de Aranda y Baltasar Gracián», en José A. Ferrer Benimeli (ed.), Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (coords.), *El Conde de Aranda y su tiempo*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2000, vol. II, pp. 63-80, vincula el tratado con el esfuerzo reformista de la nobleza emprendido por la condesa de Aranda con su *Idea de nobles*. A este mismo propósito parece obedecer la reedición del *Diálogo de la verdadera honra militar* de Jiménez de Urrea (véase *supra*, n. 27).

<sup>38</sup> Ángel Ferrari, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, presentación de Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón y Miguel Ángel Ladero Quesada, Madrid, Real Academia de la Historia, 2006, pp. 31-45, fue el primero en considerar *El Político* como una biografía política, género híbrido de Política e Historia, y en ponerlo en relación con la obra de Virgilio Malvezzi.

<sup>39</sup> Cf. A. Egido, «El concepto de historia. De *El Héroe* al *Oráculo*», pp. 119-120, donde subraya la importancia de Vives en el desarrollo de este concepto.

<sup>40</sup> La tradujo Pedro Blas Torrellas con el título de *La vida y crónica de Gonzalo Hernández de Córdoba, llamado por sobrenombre el Gran Capitán* (Zaragoza, 1553). Como historiador su obra magna son los *Historiarum sui temporis ab anno 1494 ad annum 1547 libri XLV* (1550).

<sup>41</sup> También lo censuró porque en su *Historiarum sui temporis libri* había confeccionado lo que Gracián denomina en *El Criticón*, II, 4, pp. 1095-1096, «elogios plausibles» para

libro titulado *Elogios y vidas de los caballeros antiguos y modernos ilustres en valor de guerra*, como reza el título de la traducción castellana, que Lastanosa poseía en su biblioteca<sup>42</sup>. Dos cosas interesan de este libro, compuesto por decenas de biografías breves<sup>43</sup> que Gracián utilizó indudablemente para *El Político*, puesto que se pueden contabilizar medio centenar de nombres en común. Por un lado, el título, *Elogios*, que nos pone sobre la pista de la fundamental conexión entre la Historia y la Retórica. El mismísimo Lorenzo Valla había integrado a la primera en el género epidíctico, superando el concepto de historia como crónica de los hechos y abriendo el paso a su interpretación moral, pues la epidíctica se ocupaba de elaborar discursos de alabanza o vituperio de hombres concretos<sup>44</sup>. De esta suerte, los personajes históricos podían ser objeto de cuantas modalida-

---

personas «no tan esclarecidas». Cf. Richard L. Kagan, «Gracián y los historiadores de su tiempo», en Aurora Egido, Fermín Gil Encabo y José Enrique Laplana (eds.), *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001). Actas del I Congreso Internacional. Baltasar Gracián: pensamiento y erudición (Huesca, 23-26 de mayo de 2001)*, Huesca-Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución «Fernando el Católico»-Gobierno de Aragón, 2003, p. 96.

<sup>42</sup> Cf. Selig, *op. cit.*, nº 778: «elogios y vidas de los caballeros illustres, Granada, 1568». El título es traducción del original latino de Giovio: *Elogia virorum bellica virtute illustrium* (Florencia, 1551). El autor de dicha traducción fue el licenciado Gaspar de Baeza. La obra tuvo también traducción italiana, con el título de *Vite brevemente scritte d'huomini illustri di guerra*, 1559, de Ludovico Domenichi. Para una descripción del libro y una valoración de su difusión en España, véase Sagrario López Poza, «Autores italianos en la transmisión de la tradición del elogio en tiempo de Quevedo», *La Perinola*, 10 (2006), pp. 163-168. Á. Ferrari, *Fernando el Católico...*, p. 326, cita esta obra como una de las fuentes de *El Político*, pero no hace referencia a la cuestión fundamental de los retratos. Manejo un ejemplar de la traducción española (BN.-R/4772), con portada manuscrita: «Varones illustres. Elogios de los Principes y Caballeros, cuyos retratos traía en su Museo el Doctissimo Paulo Jovio Obispo de Nochera, la qual dexô escrita en latin. Dividida en siete Libros, traducida en Castellano por el Licenciado Gaspar de Baeza Abogado de la Real Chancillería de Granada. Impreso en Granada año de 1568». El colofón dice: «En Granada. En casa de Hugo de Mena. Año 1568».

<sup>43</sup> La brevedad es especialmente notable a partir del libro IV, donde se trata de príncipes y capitanes «de nuestro tiempo». Al comienzo de este libro, Gaspar de Baeza advierte en una nota «Al lector» (fol. 97r) que se va a hablar de forma más breve porque de todos ellos Jovio ha tratado por extenso en la *Historia General* (véase *supra*, n. 40) o ha escrito vidas particulares. Al final de cada retrato remite a las partes de dicha *Historia*, donde habla más largamente de cada personaje. Y aclara que remite a la «hystoria que en Castellano imprimi segunda vez en Granada, año de 1566 añadida con los doze libros que faltan en la hystoria latina, y en la impression Castellana que hize en Salamanca. Año de 1562».

<sup>44</sup> Cf. Aurora Egido, *op. cit.*, p. 131.

des ha generado a lo largo de los siglos el viejo género oratorio, y, por otro lado, la Historia se abría a los adornos y recursos retóricos, estrechando sus lazos con el discurso literario.

El segundo elemento interesante es la peculiar naturaleza del libro, porque cada una de las vidas o elogios recogidos en él son, en realidad, la ilustración verbal de la galería de retratos que decoraban la casa-museo de Jovio en el lago de Como<sup>45</sup>. No es el caso de la traducción española, pero algunas ediciones latinas de la obra incorporaban reproducción de estos cuadros<sup>46</sup>. Las galerías pictóricas o escultóricas de hombres ilustres es otro notable producto humanístico y es imposible no recordar a este propósito la serie de retratos de los antiguos condes y reyes de Aragón que se podían contemplar en el Salón Dorado de la Diputación en Zaragoza, acompañados de las inscripciones latinas de Jerónimo Blancas, que, a manera de biografía en miniatura, dotaba de carácter emblemático a las pinturas<sup>47</sup>. El referente real tuvo su trasunto libresco y la literatura se llenó de galerías<sup>48</sup>, como la serie de esculturas que Lope nos dibuja en la cueva

---

<sup>45</sup> Lo explica Gaspar de Baeza en la dedicatoria «Al lector»: «Lo segundo advierto al lector que el Museo de Paulo Jovio está ribera del Lago de Como, junto a la ciudad de Como en Lombardia, y es una hermosísima casa, y en un aposento della (delante de la qual están las armas del invictissimo Emperador don Carlos) estan estos retratos, los quales los grandes príncipes para ornamento de sus casas envían de muy lexos a sacar en nuevos traslados. Puse al principio de cada Elogio un cuadro redondo, para que el lector sufra mejor la falta del retrato verdadero, el qual Paulo Iovio no puso en su libro Latino, porque fuera cosa de grandísima costa y trabajo». Cf. S. López Poza, *op. cit.*, p. 165.

<sup>46</sup> Los *Elogia* de Giovio se publicaron inicialmente sin ilustraciones; sin embargo, a partir de la edición de Basilea de 1575, estuvieron acompañados de los grabados correspondientes a los retratos de los personajes históricos referidos.

<sup>47</sup> Véase la *Explicación histórica de las inscripciones de los retratos de los Reyes de Sobrarbe, Condes antiguos, y Reyes de Aragón, puestos en la Sala Real de la Diputación de la Ciudad de Zaragoza, y colocación del Retrato del Rey N. Señor DON CARLOS SEGUNDO* (Zaragoza, 1680), ed. facsimilar de la obra realizada por Jerónimo de Blancas, traducida y ampliada por Martín Carrillo y Diego José Dormer, introducción a cargo de Guillermo Redondo Veintemillas y Carmen Morte García, Zaragoza, Cortes de Aragón, 1996. Se trata de la traducción castellana de las inscripciones de Blancas, realizada por Dormer, acompañada de los escolios de don Martín Carrillo, abad de la Real Casa de Montearagón. Las inscripciones latinas de Blancas ya habían sido publicadas en Zaragoza, Simón de Portonariis, 1587. Las inscripciones figuraban debajo de cada cuadro y explicaban las imágenes, recogiendo el nombre de cada rey o conde, más una breve semblanza biográfica de cada uno. Sobre el carácter emblemático de la serie, véase en particular pp. 32-33. La traducción de la inscripción relativa a Fernando el Católico se encuentra en pp. 387-388.

<sup>48</sup> El propio Gracián incluyó referencia a ellas en *El Criticón*, II, 2, p. 1049; *El Criticón*, II, 4, p. 1066; y *El Criticón*, III, 12, p. 1503.

del mágico Dardanio en la *Arcadia*, libro III, cuarenta famosos guerreros, castellanos y extranjeros, esculpidos con un epitafio encomiástico en verso, entre los cuales se encuentra, desde luego, Fernando el Católico<sup>49</sup>:

EL REY FERNANDO

De Castilla y Aragón  
hice una corona bella,  
y a Nápoles puse en ella  
con la Granada y el León.  
Eché los moros de España,  
y aquella nación odiosa  
que su nobleza dichosa  
con sangre sin honra daña.

Más interesante para la interpretación de la obra de Gracián es el largo poema descriptivo de Andrés de Uztarroz, titulado *Retratos de los Reyes de Aragón* (1634)<sup>50</sup>, compuesto por 84 octavas en las que el cronista glosa en verso los retratos e inscripciones del Salón Dorado, incluido, claro está, el de Fernando el Católico. Los versos dedicados al monarca amplifican el tenor de la inscripción de Blancas incidiendo en los consabidos tópicos laudatorios, relativos a su obra militar y política en primer lugar, y a su matrimonio con Isabel de Castilla, simplemente aludido en la evocación del yugo y las flechas, y en los últimos versos, como si quisiera sugerir, desde una perspectiva aragonesa, la menor relevancia de este hecho para el encomio de su figura:

---

<sup>49</sup> El poema va precedido de una descripción en prosa: «Aquel que de la mano tiene una hermosa mujer con dos coronas de oro, y una ciudad a los pies, es el aragonés rey don Fernando, y ella la castellana Isabel, heroica entre mujeres ilustres, y único milagro al mundo de fortaleza y prudencia». Cito por la ed. de Donald McGrady, *Obras completas. Prosa, I*, Madrid, Biblioteca Castro, 1997, pp. 161-162. El poema se encuentra en p. 171. Cabría señalar como antecedentes de este episodio la galería de relieves del palacio de Felicia en *La Diana* de Montemayor, libro IV. Juan Manuel Rozas, «Lope en la *Galleria* de Marino», *Revista de Filología Española*, 49 (1966), pp. 91-124, trató la imitación de esta serie lopesca por parte de Giambastista Marino en su *Galeria* (1619), colección de retratos poéticos. Curiosamente, Marino coleccionó retratos pictóricos de hombres ilustres con la misma afición que Paolo Giovio (cf. S. López Poza, *op. cit.*, p. 169).

<sup>50</sup> Lo editó Aurora Egido en «*Retratos de los Reyes de Aragón*» de Andrés de Uztarroz y otros poemas de *Academia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1979. Cito por esta edición. En su introducción a la ed. facsímil de *El Político D. Fernando el Católico de Baltasar Gracián*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2000, p. XLIX, A. Egido, vincula el poema de Uztarroz y *El Político* al esfuerzo realizado por otros autores contemporáneos para restaurar la historia aragonesa.



Este que airoso se mira allí togado  
 es el Marte Cathólico de España (vv. 497-498)  
 Por ti quedó, ¡o Fernando!, restaurada  
 toda España del bárbaro Agareno (vv. 505-506)  
 Por ti el Jasón Ligurio sulcó solo  
 el Atlántico golfo naufragante,  
 y estrellas descubrió de nuevo Polo (vv. 513-515)  
 Para la cristiandad felice mente  
 defensas preveniste celestiales  
 con el Tribunal santo, reverente (vv. 521-523)  
 ...aquí de la escritura la esbelteza  
 en mármoles dorados eternizas,  
 donde en cartelas penden tus blasones  
 coiundas y ligados mil Arpones (vv. 533-536)

A pesar de que el patrón es diferente, puesto que los versos de Lope están puestos en boca del propio rey y los de Uztarroz son una interpelación admirativa, similar a la del poema de Tejada que hemos visto más arriba, y a pesar de que el desarrollo es más amplio en la obra del aragonés, los elementos constitutivos de uno y otro elogio son los mismos. En ambos casos el arte consiste en decir más con menos, siguiendo un ideal creativo que el Gracián llevaría a sus últimas consecuencias<sup>51</sup>.

Curiosamente Gracián, al recordar este poema de los *Retratos*, se refiere a él como «los *Elogios de los serenísimos Reyes de Aragón*»<sup>52</sup>, confirmando que, hasta cierto punto, *retrato* y *elogio* son términos intercambiables. Bien lo sabía el jesuita, que fue profesor de Humanidades en Calatayud, porque el retrato es el procedimiento privilegiado del género epidíctico<sup>53</sup>. Desde remotos ante-

<sup>51</sup> A este propósito es significativo el aprecio que Gracián sintió por un dicho atribuido a Felipe II, a cuenta de un retrato de Fernando, referido así en *El Político*, p. 98: «De suerte que, con mucha razón, el prudentísimo Filipo, su nieto, haciendo cortesía a sus retratos, añadía: “A éste lo debemos todo”». La observación regia, de brevedad imbatible, es el epitafio verbal del retrato, y hace de esta anécdota una auténtica versión de *El Político* en píldora.

<sup>52</sup> En *Agudeza*, XIV, p. 427. El propio Uztarroz se refiere a su poema como los «Elogios de los serenísimos Reyes de Aragón» en el memorial que envía para obtener el cargo de cronista (cf. A. Egido, «Retrato de los Reyes de Aragón», p. 7).

<sup>53</sup> A. Egido, «Retrato de los Reyes de Aragón», p. 13, vincula el poema con una tradición de ejercicios de *écphrasis* que se remonta a las *Imágenes* de Filóstrato y subraya los lazos humanísticos entre Historia y Retórica. Esta última impuso muchos de sus *topoi* y esquemas, incluido el del orden, en aquella, siendo fundamental a este respecto el magisterio de

cedentes como las retóricas de Cicerón o Quintiliano, pasando por los ejercicios retóricos de Hermógenes o Aftonio, el discurso encomiástico tenía bien definidos sus tópicos descriptivos, que se agrupaban en consideraciones sobre las cualidades físicas (*bona corporis*), los atributos morales (*bona animi*) y los denominados bienes externos (*bona fortunae*)<sup>54</sup>, como la nación o la familia<sup>55</sup>. Gracián aprovechó bien la lecciones al respecto que le suministró la tradición patria de biografías de corte retórico, como los *Claros varones de Castilla* de Fernando de Pulgar y las *Generaciones y semblanzas* de Pérez de Guzmán, retratos breves de personas memorables, con unos mínimos rasgos físicos que evocan las características morales y con contenidas digresiones de carácter histórico o moral, donde pudo aprender dos cosas de especial relevancia en *El Político*: por un lado, la importancia de la genealogía<sup>56</sup> y, por otro, la caracterización de los retratados con virtudes arquetípicas de tradición aristotélica y cristiana (como prudencia, justicia, fortaleza y templanza)<sup>57</sup>. Fernando el Católico no es solo la culminación del linaje de los godos y de los reyes de Aragón sino que todo el discurso se articula, como señaló Ferrari<sup>58</sup>, en torno a una serie de virtudes convencionales que se resumen al final, en un catálogo cuya función es corroborar la universalidad del rey, pues Fernando es el dechado de todas las virtudes<sup>59</sup>.

---

Cicerón y Quintiliano: véase A. Egidio, «El concepto de historia. De *El Héroe* al *Oráculo*», pp. 121-122.

<sup>54</sup> El término procede de Aftonio; cf. Teón de Alejandría, Hermógenes y Aftonio de Antioquía, *Ejercicios de retórica*, ed. M.<sup>a</sup> Dolores Reche Martínez, Madrid, Gredos, 1991, p. 236.

<sup>55</sup> La tríada de tópicos queda fijada en Quintiliano, *Institutio oratoria*, III, 7, 12: «Ipsius vero laus hominis ex animo et corpore et extra positus peti debet». Sigo la ed. W. Winterbotton, Oxonii, e Typographeo Clarendoniano, 1970. Cf. también Teón de Alejandría, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., pp. 124-125. Cicerón, *De inventione*, I, 24-25, catalogó las propiedades o atributos caracterizadores de la persona objeto de descripción, aunque la tradición medieval se centró en el *nomen* y en la *natura*, considerada en su doble dimensión de apariencia externa y atributos morales; cf. Miguel Ángel Pérez Priego (ed.), *Claros varones de Castilla* de Fernando del Pulgar, Madrid, Cátedra, 2007, p. 34.

<sup>56</sup> Cf. José Antonio Barrio (ed.), *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán, Madrid, Cátedra, 1998, p. 30; y M. Á. Pérez Priego, ed. cit., p. 50.

<sup>57</sup> Cf. M. Á. Pérez Priego, ed. cit., p. 46.

<sup>58</sup> En su consabida teoría sobre la estructura de *El Político* basada en un esquema aretelógico, expuesta en el capítulo II de *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, op. cit.

<sup>59</sup> Cf. *El Político*, pp. 101-102. Según M. Á. Pérez Priego, ed. cit., p. 34, las recomendaciones de Horacio sobre la caracterización de los personajes literarios (*Ars poetica*, 156 y ss.) influyeron también en la configuración del género retórico del retrato como suma de categorías arquetípicas, dando lugar a la construcción de figuras convencionales. Fernando el Católico es en *El Político* una de estas figuras por su propio carácter universal, como

*El Político* no es la realidad histórica sino una verdad universal; o dicho de otra manera, *El Político* no es Historia, con sus condicionantes narrativos y científicos, sino un fruto de la Poesía<sup>60</sup>, y por lo tanto, perteneciente a la misma categoría literaria que *El Criticón*. Andrenio y Critilo, al final de la novela, tendrán que certificar ante el Mérito la posesión de un catálogo similar de virtudes para entrar en la Isla de la Inmortalidad<sup>61</sup>, donde ya les espera Fernando el Católico, para quien Gracián, con su tratado, ya había extendido la patente del mérito muchos años antes. Añádase también otra lección bien aprovechada: que la galería de retratos permite al autor establecer un contraste implícito y censor entre las glorias del pasado y la crisis del presente<sup>62</sup>.

La equiparación de *retrato* y *elogio* se beneficiaba de un principio mayor y de solera clásica, como es la identidad de poesía y pintura. Escribir y pintar, todo es uno<sup>63</sup>, y la pluma es pincel que crea líneas, volúmenes y perspectivas, aunque tiene la primacía, pues, mientras que los pinceles solo retratan el exterior de las personas, las plumas hacen lo propio con el interior<sup>64</sup>. Véase cómo la metáfora pictórica inunda la censura de *El Político* que escribe Uztarroz:

---

suma de todas las virtudes. Como señala Ceferino Peralta, *Obras completas, I. El Héroe, El Político, El Discreto, Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid Atlas (BAE, 229), 1969, p. 70: «Todos los críticos coinciden en ver el carácter transcendental de esa obra, a pesar del personalismo que lo encarna y de lo anecdótico que lo exorna».

<sup>60</sup> Cf. José Miguel Oltra, «El mito de Fernando el Católico en Baltasar Gracián», *Documentos A. Genealogía Científica de la Cultura*, 5 (1993): *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra*, coord. Jorge M. Ayala, p. 203: «Gracián no es en sentido estricto ni un historiador ni un filósofo, más bien es un “poeta”, en el sentido de que aspira a modelos ideales de comportamiento trascendiendo y superando la concreción particular, para proyectarse en la esfera de la universalización abstracta, iluminada desde la ética —la filosofía moral— contemporánea».

<sup>61</sup> Cf. *El Criticón*, III, 12, pp. 1505-1506.

<sup>62</sup> Cf. J. A. Barrio, *ed. cit.*, p. 17-18. *El Político* ofrece, con el recuerdo de Fernando el Católico y su tiempo, un modelo que ayude a superar la infausta situación en que se encuentra la monarquía hispánica, con Felipe IV a la cabeza, a la altura de 1640: cf. A. Egido (ed.), *El Político*, pp. LXII-LXIII.

<sup>63</sup> Véase a este propósito A. Egido, «La escritura en los tratados», en *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 97-98.

<sup>64</sup> Cf. *El Criticón*, III, 6, pp. 1375-1376: «Mayor reparo es el mío —dijo Andrenio—, y es cuál sea la causa que los príncipes se pagan más y les pagan también a un excelente pintor, a un escultor insigne, y los honran y premian mucho más que a un historiador eminente, que al más divino poeta, que al más excelente escritor. Pues vemos que los pinceles sólo retratan el exterior, pero las plumas el interior, y va la ventaja de uno a otro que del cuerpo al alma».

Eterniza las memorias, Señor Excelentísimo, del glorioso rey don Fernando II de Aragón y V de Castilla, este breve *diseño* de sus heroicas acciones, *coloriendo* artificio- samente Lorenzo Gracián con el ingenioso *pincel* de su pluma no solo su *idea*, pero *dibuja*, en diferentes *lejos* y *distancias*, las virtudes y deliquios de otros príncipes<sup>65</sup>.

Puede compararse este pasaje con el proemio de Saavedra Fajardo a sus *Introducciones a la política y Razón del estado del rey don Fernando*, donde la imagen empleada es la del mosaico<sup>66</sup>:

...pondré en la segunda parte deste tratado no un príncipe fingido o ideal, sino verdadero, [...], tal será el rey Don Fernando el Cathólico; y porque más fácilmente se conserva en la memoria y dexan instruido el ánimo las máximas y aforismos políticos, procuraré, en quanto diere lugar la materia, que todo este cuerpo se componga dellos, no de otra suerte que diversas piedras forman un rostro, en quien son pincel la colección y el orden, sin que después de formado se conozca el artificio, ni se echen menos las colores.

La cantidad de ejemplos que podríamos extraer de toda la obra de Gracián para demostrar la comunión del jesuita con esta concepción plástica de la palabra sería abrumadora<sup>67</sup> y serviría para demostrar que cuando, al final del *El Político*, dice así<sup>68</sup>: «Esta es, ¡oh Excelentísimo Duque, gloria máxima de los Carafas e inmortal corona mía!, una ruda copia del que fue perfectísimo dechado de monarcas», al emplear la palabra *copia*, término de uso pictórico<sup>69</sup>,

<sup>65</sup> *El Político*, p. 39. *Colorir*: ‘dar color a la pintura’. *Idea* vale por ‘modelo’ en la pintura. Los *lejos* en pintura son las figuras que están pintadas en disminución con respecto a la figura principal del cuadro, de acuerdo con las leyes de la perspectiva.

<sup>66</sup> El tratado, como se sabe, quedó inédito en vida del autor. Cito por la ed. Jorge García López, con introducción de Alberto Blecua, *Introducciones a la Política y Razón de Estado del Rey Don Fernando*, Barcelona, Asociación de Bibliófilos de Barcelona, 1984, p. 76. Sebastian Neumeister, «Decadencia y progreso en Gracián y Saavedra Fajardo», *Crítica hispánica*, XXXII, 2 (2010), pp. 193-210, analiza esta obra en paralelo con *El Político* de Baltasar Gracián.

<sup>67</sup> Baste este ejemplo, extraído de la dedicatoria de la Tercera Parte de *El Criticón* a don Lorenzo Francés de Urritigoiti, p. 1253: «Mas desconfiando mi pluma de poder sacar el cumplido retrato de las muchas partes, de los heroicos talentos que en v. m. depositaron con emulación la naturaleza favorable y la industria diligente, he determinado valerme de la traza de aquel ingenioso pintor que, empeñado en retratar una perfección a todas luces grande y viendo que los mayores esfuerzos del pincel no alcanzaban a poderla copiar toda junta con los cuatro perfiles (pues si la pintaba del un lado se perdían las perfecciones de los otros), discurrió modo como poder expresarla enteramente».

<sup>68</sup> Cf. *El Político*, p. 102.

<sup>69</sup> Hasta dos acepciones del término recogidas en el *Diccionario de Autoridades* tienen relación con la pintura: «Pintura hecha a imitación de otra en todo rigor del Arte»; «Se suele usar también por retrato».

es muy consciente de su sentido. Lo podemos comparar para mayor prueba con el arranque del poema de Uztarroz: «Estas Reales copias numerosas / ¡oh Marqués!, a los claros esplendores / ofrezco de tu Luna...» (vv. 1-3). El libro de *El Político* es, pues, al mismo tiempo la pintura y la inscripción extensa al pie de una imagen del rey aragonés que no tiene por qué tener presencia física porque está en la mente de todos<sup>70</sup>. Jugando con el doble sentido del término, como Saavedra Fajardo en su proemio, *El Político* es también *cuerpo*, esto es, libro<sup>71</sup> y, al mismo tiempo, retrato escultórico del alma del monarca. En todo caso, retrato y elogio confluyen en obras como la de Jovio, donde al grabado se suma el encomio en prosa y en verso. No obstante, conviene aclarar que entre las personalidades recogidas en el libro de Jovio no se incluía Fernando el Católico, pero sí en la traducción castellana de Gaspar de Baeza, quien, a los pies de una orla que evoca el retrato del rey, traza una breve semblanza física y moral, seguida de dos poemillas elogiosos, de dos poetas de cancionero, Macías y Gregorio Silvestre, haciendo confluír, como en su modelo, la tradición de las vidas breves y la de los poemas dedicatorios<sup>72</sup>. Puede leerse el elogio de Baeza en el anexo de este mismo trabajo.

No cabe duda de que Jovio es el referente de Gracián en *El Político*, pues resulta fácil suponer que el modelo del historiador italiano, por su peculiar estructura, que ya hemos descrito, se encuentra detrás del uso de expresiones

---

<sup>70</sup> Para la imagen iconográfica del monarca aragonés, véanse los trabajos clásicos de Enrique Pardo Canalís, *Iconografía de Fernando el Católico*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1963, y de Carmen Morte, «La iconografía real», en *Fernando II de Aragón el Rey Católico*, presentación de Esteban Sarasa, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996, pp. 143-182. Ambos reproducen varios retratos verbales extraídos de la obra de Hernando del Pulgar, Diego de Colmenares, Lucio Marineo Sículo o la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos* (pp. 10-15 y pp. 147-151, respectivamente). También Saavedra Fajardo, y a diferencia de Gracián en *El Político*, hizo su propio retrato de Fernando en el capítulo segundo de su *Razón de estado del rey don Fernando el Cathólico*, titulado «Descripción del rey».

<sup>71</sup> Cf. *Diccionario de Autoridades*, s. v. *Cuerpos*: «Se llaman también los tomos o volúmenes que componen una librería, o en que se divide una obra grande».

<sup>72</sup> Para mayor variedad, el poema de Macías Bravo se pone en boca del propio monarca, mientras que el de Gregorio Silvestre está escrito en tercera persona. El elogio de García de Baena se centra en el papel desempeñado por Fernando en Italia, pero recoge los principales hitos de su vida política: descubrimiento del Nuevo Mundo, matrimonio con Isabel, unificación de reinos peninsulares, conquista de Granada, derrota de Portugal, elevación de España a principal potencia del mundo, expulsión de los judíos y conquistas en el Norte de África. Contiene también breves notas sobre su apariencia física y sus virtudes: valor guerrero; prudencia política, discreción, sagacidad y vigor de ingenio; amor por la justicia, defensa de buenos y virtuosos; aceptación de la próspera y adversa fortuna.

como «archivos de la fama» y «catálogos del aplauso»<sup>73</sup>. Con estas palabras y otras semejantes había aludido al autor y su obra en *El Héroe*, cuando dice: «¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama, sino los guerreros?»<sup>74</sup>, y cuando ejemplifica la naturaleza de estos catálogos con las *Vidas paralelas* de Plutarco y los *Elogios* de Jovio<sup>75</sup>. En *El Político*, el retrato de Fernando el Católico es el más importante, pero es la culminación de una auténtica galería, pues el tratado es colección de biografías fragmentadas o, más bien, de fragmentos de biografías de decenas de personajes históricos aplicados a un propósito común, que es demostrar la preeminencia del rey aragonés<sup>76</sup>. Con ello sigue uno de los principios básicos del encomio en la retórica, que consistía en la comparación sistemática del personaje elogiado con otros hombres célebres<sup>77</sup>, comparación por sus hechos, por sus virtudes e incluso por la coincidencia de sus nombres<sup>78</sup>. Esta técnica del sobrepujamiento intensivo, si así podemos decir, con hombres de la antigüedad y de su tiempo, que alcanza su máxima expresión en el catálogo final<sup>79</sup>, es la vía para convertir a Fernando el Católico en paradigma

<sup>73</sup> Cf. *El Político*, p. 74: «Todos los grandes reyes, eternizados en los archivos de la fama, en los inmortales catálogos del aplauso, fueron de gran caudal, que sin éste no puede haber grandeza».

<sup>74</sup> Cf. *El Héroe*, VIII, p. 22.

<sup>75</sup> Cf. *El Héroe*, XVIII, p. 39: «Hizo el sílabo de los jubilados Plutarco en sus *Paralelas*; de los modernos Paulo Jovio en sus *Elogios*».

<sup>76</sup> Cf. P. Ruiz Pérez, *op. cit.*, p. 49.

<sup>77</sup> Cf. Teón de Alejandría, *Ejercicios de retórica*, *ed. cit.*, p. 126: «No es inútil tampoco hacer mención de otros que hayan sido alabados anteriormente, comparando sus obras con las de quienes estemos elogiando en ese momento». Véase también Hermógenes, *ibid.*, pp. 189-190. La comparación se había de realizar en relación a un rasgo concreto; cf. Aftonio, *ibid.*, pp. 246-247: «Quienes comparan no han de confrontar una totalidad con otra, pues ello resulta lento y pesado [...], sino un elemento sobresaliente con otro».

<sup>78</sup> Cf. Teón de Alejandría, *ibid.*, p. 126: «A veces es bueno elogiar a partir de la homonimia, cuando alguien tiene casualmente el mismo nombre que una persona que ha gozado de reputación». Gracián amplía el recurso a la comparación entre monarcas que comparten el ordinal, como puede verse en *El Criticón*, III, 10, p. 1453: «Estoy mirando si vuelven a salir aquellos quintos tan famosos y plausibles en el mundo: un don Fernando el Quinto, un Carlos Quinto y un Pío Quinto». Téngase en cuenta que, por su numeral, Fernando el Católico representa la quitaesencia de los monarcas precedentes del mismo nombre; cf. *Agudeza*, XLVIII, p. 689: «Así uno decía del rey Católico, don Fernando, que era el quinto de Castilla y la quintaesencia de los Fernandos, y por eso de todos los reyes». Cf. Á. Ferrari, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, p. 406.

<sup>79</sup> Cf. *El Político*, pp. 100-101: «Otro augustísimo teatro tiene la fama, de honor, de heroicidad, de lucimiento, y en él diversos coros, según las eminencias y renombres; y en todos admiró a Fernando con aplauso transcendiente». El desfile de reyes del pasado, agrupados

atemporal y situarlo en la esfera de la mitificación<sup>80</sup>, sin necesidad de tener que recurrir a su constante asociación con héroes extraordinarios o seres divinos. En este aspecto Gracián se muestra relativamente moderado, pues Fernando se nos presenta como Argos y Jano<sup>81</sup>, simbolizando su inteligencia política, hecha de penetración y prudencia, y como el ave fénix, emblema de su carácter único, en dos momentos clave de su vida: en la infancia, cuando sobrevive al fuego en el asedio de Gerona<sup>82</sup>, y en su vejez, cuando renace de sus cenizas en Castilla para volver al gobierno del reino<sup>83</sup>. Más significativa es la vinculación con Hércules por sus hazañas. «El verdadero Hércules fue el Católico Fernando, con más hazañas que días», llega a decir<sup>84</sup>, como si quisiera contestar a Felipe IV, que había encargado pintar a Zurbarán una serie pictórica de los trabajos de Hércules para acompañar las pinturas de sus batallas en el Salón de Reinos del Alcázar<sup>85</sup>. Del mismo sustrato mitológico y emblemático surgen las constantes imágenes solares,<sup>86</sup> que son tópicas en las alabanzas a todos los monarcas de la

---

por virtudes que la tradición ha considerado específicas y caracterizadoras de cada uno de ellos, es un procedimiento medieval, perpetuado en centones y obras enciclopédicas que Gracián sin duda utilizó. Como señala A. Egido en «La crisis juiciosa y *El Político Don Fernando el Católico*», introducción a *El Político*, ed. cit., p. 27, el decálogo final de virtudes es también un recurso epilogal propio del *ars narrativa*.

<sup>80</sup> Cf. J. M. Oltra, «El mito de Fernando el Católico en Baltasar Gracián», p. 201.

<sup>81</sup> Cf. *El Político*, p. 76: «Un príncipe sagaz, Argos real, que todo lo previene. Émulo de Jano, que mira a dos haces, de fondo inapeable, con más enseñadas que un océano».

<sup>82</sup> Cf. *El Político*, p. 50: «Contra un niño y una madre hubo día en que se fulminaron al castillo cinco mil balas; pero, como la fénix, salió triunfante deste incendio, que todos los reinos parece que se conjuraron contra Fernando niño para sujetársele después muy hombre».

<sup>83</sup> Cf. *El Político*, p. 97: «Solo Fernando fue privilegiado desta universalidad; fénix del mando, que volvió a renacer a él con aplausos de único. Volvió a Castilla con triunfo de reputación, y llegó el encarecimiento de un gran político a decir que el remedio desta monarquía, si acaso declinase, no era otro sino que resucitase el Rey Católico y volviese a restaurarla».

<sup>84</sup> Cf. *El Político*, p. 80.

<sup>85</sup> La idea de Hércules como fundador mítico de España, difundida a través de linajes legendarios como el incluido por Florián de Ocampo en su *Crónica General de España*, apoyándose en autores de prestigio como Annio de Viterbo, permitiría fabular sobre una encarecedora vinculación original de la monarquía hispánica con el héroe mitológico. Cf. Augustin Redondo, «Leyendas genealógicas y parentescos ficticios en la España del Siglo de Oro», en *Revisitando las culturas del Siglo de Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2007, pp. 71-72.

<sup>86</sup> Véase, por ejemplo, *El Político*, p. 48: «El claro sol que entre todos ellos brilla es el Católico Fernando, en quien depositaron la naturaleza prendas, la fortuna favores y la

Edad Moderna, y la equiparación del reinado de Isabel y Fernando con la Edad de Oro del tiempo primigenio<sup>87</sup>.

La ubicación de *El Político* en el ámbito de la Retórica<sup>88</sup> arroja también luz sobre la debatida estructura del libro<sup>89</sup>, que no responde al esquema cronológico de la Historia, ni se somete de la ordenación temática con la precisión de reloj que quiso ver Ángel Ferrari. De todos los moldes que podemos incluir en el género epidíctico, sin duda, el que más condicionó a Gracián en *El Político* fue el panegírico, pues fueron manifiestas su admiración por el *Panegírico a Trajano* de Plinio el Joven, y su intención de asegurarse la inmortalidad del brazo de Fernando, igual que Plinio la había alcanzado vinculando su nombre al del emperador. Coincide con el *Panegírico* de Plinio en la voluntad de retratar un *optimus princeps*, un «príncipe perfecto», que trasciende la humanidad particular de los personajes retratados<sup>90</sup>, y en la función social de exaltar y justificar unos valores colectivos<sup>91</sup>, que en Gracián, son los de Aragón y su esencia pactista en lo político<sup>92</sup>; pero se aparta del modelo en su brevedad, en su *ordo artificialis*<sup>93</sup>

---

fama aplausos». La importancia de la emblemática en el tratado graciano, minusvalorada en el estudio magno de Á. Ferrari, fue reivindicada por J. M. Oltra, que hizo inventario de los motivos emblemáticos en la obra y llegó a vislumbrar en ella un modelo compositivo inspirado en la emblemática (cf. «Conformación de un texto de Gracián...», pp. 166).

<sup>87</sup> Cf. *El Político*, p. 96: «Cada uno de los dos era para hacer un siglo de oro y un reinado felicísimo: ¡cuánto más entrambos juntos!»

<sup>88</sup> Lo hace decididamente A. Egido en «La crisis juiciosa y *El Político Don Fernando el Católico*», pp. 27-28. Ya había situado el tratado en el ámbito de la etopeya en la introducción a su ed. facsimil de *El Político*, p. LXVI.

<sup>89</sup> Para un resumen de la cuestión, véase A. Montaner, *op. cit.*, pp. 50-53.

<sup>90</sup> Cf. Rosario Moreno Soldevila (ed.), *Panegírico de Trajano* de Plinio el Joven, Madrid, CSIC, 2010, p. XLV. El panegírico, que en origen obedecía a la costumbre de hacer un discurso de agradecimiento al príncipe el primero de sus días en el cargo, derivó con el tiempo en el elogio de sus virtudes y en la reivindicación de su figura como modelo de gobierno y de comportamiento. De esta forma, «lo que en sus orígenes fue una acción de gracias, se transforma en panegírico y en *speculum principis*» (*ibid.*, p. xxxi).

<sup>91</sup> Cf. José González Vázquez, «Consideraciones en torno a algunos panegíricos de los Reyes Católicos», en José M.<sup>a</sup> Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil, II.3*, Cádiz-Alcañiz, Universidad de Cádiz-Ayuntamiento de Alcañiz, 1997, p. 1416.

<sup>92</sup> Cf. J. M. Oltra, «El mito de Fernando el Católico en Baltasar Gracián», p. 202.

<sup>93</sup> Téngase en cuenta que Quintiliano, *Institutio oratoria*, III, 7, 15, distinguía dos formas de presentar la materia en el panegírico, una que sigue el orden cronológico, siguiendo la edad del personaje y presentando en orden sus hechos, y otra consistente en dividir el panegírico en varias virtudes, contrastándolas con hechos particulares. Al primer modelo correspondería el *Panegírico* de Plinio, mientras que *El Político* obedecería al segundo planteamiento, que



y en que no está dirigido a una autoridad viva<sup>94</sup>, lo que salva al tratado de caer en el peligro de la lisonja<sup>95</sup>.

Al fin y al cabo, Gracián siempre hizo gala de una notable independencia y originalidad en todas las dimensiones de la creación literaria: *la inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*. Donde mejor se percibe este rasgo es en *El Discreto*. Allí encontramos tres capítulos que son otros tantos ejemplares de formatos epidícticos: un panegírico o *panegiri* (realce XXIV) con un hilo narrativo-alegórico, en el que nos presenta una contienda entre las prendas más sublimes de un varón consumado ante el tribunal de la Verdad, y en el que solo en las últimas líneas se dirige al auténtico destinatario del panegírico, don Luis Méndez de Haro, poseedor de la prenda vencedora, que es la Entereza o Integridad<sup>96</sup>. Encontramos también un *elogio* (realce I), reducido a dos rasgos, el genio y el ingenio, en el que el personaje elogiado, el príncipe Baltasar Carlos, aparece también solo al final<sup>97</sup>, y un *encomio* (realce X), titulado «Hombre de buena elección», en el que no hay referencia alguna a ningún personaje concreto.

Facilitaban estas libertades la falta de definición de estos géneros clásicos. *Elogia, laudes, encomia, orationes panegyricae*, son marbetes de discursos que tenían en común su pertenencia al *génos epideiktikon* o *genus demonstrativum*<sup>98</sup>

podemos considerar sintético y que también, claro está, tenía antecedentes clásicos. Teón de Alejandría, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., pp. 127-128, recomienda el segundo tipo de discurso: «Después de esto nos encargaremos de las acciones y de los éxitos, pero no los narraremos sucesivamente, sino que al tiempo que hablamos de cada virtud en particular vamos añadiendo otros aspectos, pasando revista luego a las obras resultantes».

<sup>94</sup> Cf. Arturo del Hoyo, ed., *El Héroe. El Político. El Discreto. Oráculo manual y arte de prudencia*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, pp. 59-60. Como se sabe, el destinatario de *El Político* no es ni siquiera Fernando el Católico, sino el duque de Nochera. El tratado se aleja también del panegírico en cuanto que no es un discurso destinado a ser pronunciado en foro público, aunque algunos autores, como Charles V. Aubrun quisieron ver en él indicios de una dimensión oral (cf. A. Montaner, *op. cit.*, p. 50).

<sup>95</sup> Hay que recordar a este propósito la animadversión del jesuita por los escritores parciales, las «plumas teñidas» a las que se refiere en *El Crítico*, II, 4, p. 1099: «Aborrecía sumamente toda pluma teñida, tenida por apasionada, decantándose siempre ya al lado del odio, ya de la afición».

<sup>96</sup> Cf. *El Discreto*, XXIV, p. 193: «Tiene, en vez de esfera, religiosa ara en aquel cristiano Haro, don Luis Méndez, idea mayor desta primera prenda».

<sup>97</sup> Cf. *El Discreto*, I, p. 112: «Compitense de extremos uno y otro para ostentar a todo el mundo, y aun a todo el tiempo, un coronado prodigio en el príncipe, nuestro señor, el primero Baltasar y segundo Carlos, porque no tuviese otro segundo que a sí mismo y él solo se fuese primero».

<sup>98</sup> Cf. J. González Vázquez, *op. cit.*, p. 1414.

y apenas se distinguían entre ellos por factores formales, temáticos o coyunturales, a veces demasiado sutiles para ser prácticos<sup>99</sup>, aunque tenían asegurada su pervivencia por la tradición de los *progymnasmata* retóricos, de especial relevancia en las escuelas jesuíticas<sup>100</sup>. No obstante, lo que une a todos ellos, aparte de una tonalidad elevada en el estilo, es el método discursivo de la argumentación<sup>101</sup>, lo cual se traduce en el acopio de datos justificativos de la merecida alabanza, para lo cual era obligado el recurso a la Historia. Hay también una coincidencia entre los retóricos a la hora de describir qué datos debe recoger todo discurso de alabanza y que son los que hemos citado más arriba. Todos ellos están en *El Político*. Sin ánimo de exhaustividad, podemos repasar algunos de ellos.

El encomio debía, en primer lugar, referir los *bienes del cuerpo*, que se concretaban en la belleza, salud y fuerza del personaje elogiado<sup>102</sup> y, Gracián, a falta de descripción física de Fernando el Católico, que juzgaría del todo innecesaria<sup>103</sup>, refiere la formación del rey, forjado en ejercicios marciales, en los que dio muestra de su temprano vigor<sup>104</sup>. Es lugar común de la argumentación la educación del príncipe y los sucesos dignos de admiración que coincidiesen con su nacimiento<sup>105</sup>, que, en el caso, de Fernando se alejan de lo maravilloso para relatar su alumbramiento en la villa de Sos entre el fuego de las bombardas de aragoneses y navarros<sup>106</sup>. El encomio había de exponer también los *bienes de*

<sup>99</sup> Así, el panegírico es más extenso que el encomio, y este que el elogio (cf. Hermógenes, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., pp. 187-181); el elogio ensalza las virtudes, mientras que el encomio se centra en las acciones (*ibid.*, p. 187); o el encomio va dirigido a los vivos, mientras que el epitafio se refiere a los muertos (cf. Teón de Alejandría, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 124).

<sup>100</sup> Buen ejemplo del vigor de estos modelos escolares, y de especial relevancia para el caso de Aragón, es el *Panegyricum Carmen de gestis heroicis Divi Fernandi Catholici* (Zaragoza, Jorge Cocci, 1511) del humanista alcañicense Juan Sobrarias (cf. A. Egido, «La crisis juiciosa y *El Político Don Fernando el Católico*», p. 18).

<sup>101</sup> Cf. Aftonio, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 236. Quintiliano, *Institutio oratoria*, III, 7, 4, lo expresó de la siguiente manera: «Vt desiderat autem laus quae negotiis adhibetur probationem, sic etiam illa quae ostentationi componitur habet interim aliquam speciem probationis».

<sup>102</sup> Cf. Teón de Alejandría, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 124.

<sup>103</sup> No en vano Quintiliano, *Institutio oratoria*, III, 7, 12, consideró la cuestión de la apariencia o cualidad física de menor importancia («levior»).

<sup>104</sup> Cf. *El Político*, p. 52.

<sup>105</sup> Cf. Hermógenes, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 188.

<sup>106</sup> Cf. *El Político*, pp. 49-50. Saavedra Fajardo, por el contrario, sí que hizo referencia a señales sobrenaturales que acompañaron el nacimiento de Fernando en el primer capítulo de su *Razón de estado del rey don Fernando el Cathólico*, consistentes en la aparición de una «corona matizada de colores» en el cielo.

*espíritu*, esto es, las cualidades morales y las acciones en las que estas se manifestaban, evitando su narración sucesiva, de manera que la rememoración de las hazañas no fuera más que una celebración de las virtudes del personaje, y destacando de los hechos más notables su utilidad pública<sup>107</sup>, lo oportuno de su realización<sup>108</sup> o su carácter extraordinario<sup>109</sup>. Y esta materia es la que ocupa mayor espacio en el tratado. Por último, los tópicos del encomio incluían los llamados *bienes externos*, como la fortuna, la nación o los parientes<sup>110</sup>. Fortuna notablemente subrayada en *El Político*, pues, Fernando es rey felicísimo, bendecido por la suerte y «asortado» o ajustado al tiempo y la nación en que le tocó nacer<sup>111</sup>. La alabanza del personaje implicaba la alabanza de la tierra natal<sup>112</sup>, y el elogio de Aragón y sus hombres ocupan un lugar importante en el tratado<sup>113</sup>. Por su parte, los parientes constituían en línea ascendente un linaje<sup>114</sup>, en este caso, el de los reyes de Aragón, de prosapia y nobleza superlativa<sup>115</sup>, alabado además, como mandaban los cánones, al comienzo del discurso<sup>116</sup>; y en línea descendente, unos hijos continuadores de su gloria<sup>117</sup>, a los que se refiere en la glorificación final a

<sup>107</sup> Cf. Teón de Alejandría, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 124: «Bellas acciones son las alabadas después de la muerte [superada la adulación], así como las que realizamos en interés de otros y no de nosotros mismos, y a causa del bien y no de la conveniencia y placer, y en los que el esfuerzo es privado pero la utilidad pública».

<sup>108</sup> Cf. Teón de Alejandría, *ibid.*, p. 125: «Son dignas de alabanza las acciones que se realizaron en el momento oportuno, y las que alguien llevó a cabo solo o el primero, o cuando nadie se atrevía, o con mayor participación de los demás, o con ayuda de unos pocos, o por encima de lo que permitía su edad, o sin esperanzas, o en medio de fatigas o cuantas empresas fueron realizadas con la mayor facilidad y rapidez».

<sup>109</sup> Pues, como dice Teón de Alejandría, *ibid.*, p. 129: «las empresas comunes y masivas no son muy dignas de elogio».

<sup>110</sup> Cf. Teón de Alejandría, *ibid.*, p. 124.

<sup>111</sup> Cf. *El Político*, p. 56: «Sorteó Fernando monarquía augusta: recíproca felicidad, de parte del príncipe, casar con monarquía igual a su capacidad y valor; de parte de la monarquía, alcanzar esposo igual a su grandeza y poder».

<sup>112</sup> Cf. Teón de Alejandría, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 124.

<sup>113</sup> Cf. *El Político*, pp. 61 y 68-69.

<sup>114</sup> Cf. Quintiliano, *Institutio oratoria*, III, 7, 10: «Ante hominem patria ac parentes maiores erunt».

<sup>115</sup> Cf. *El Político*, p. 48: «Fue Fernando de la heroica prosapia de los reyes de Aragón, que fue siempre fecunda madre de héroes».

<sup>116</sup> Cf. Aftonio, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 236: «Harás el proemio de acuerdo con el tema existente; luego colocarás el linaje, que dividirás en pueblo, patria, antepasados y padres».

<sup>117</sup> Quintiliano, *Institutio oratoria*, III, 7, 18: «Adferunt laudem liberi parentibus». Hermógenes, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 208, recomendaba examinar los sucesos que siguieron a la muerte del personaje alabado.

la Casa de Austria<sup>118</sup>, con esos tintes de súplica que recomendaba la retórica<sup>119</sup>. Cabía también el recordatorio de otra parentela y, por supuesto, de las esposas; así aparece en *El Político* Isabel de Castilla, reducida a mero apoyo argumental al encomio de su marido<sup>120</sup>, y traída a colación del asunto de los ministros del rey, otro de los bienes externos<sup>121</sup>. Se podrían extraer de la obra otros tópicos del género, como la aplicación al elogio de la fama después de la muerte, recogido por Quintiliano<sup>122</sup>, y que en *El Político* se expresa con el pasaje que dice: «Pero no murió Fernando, que los famosos varones nunca mueren»<sup>123</sup>. El tema de la fama universal en el tiempo y en el espacio, la inmortalidad en su sentido mundano, se entrelaza en la parte final del tratado con la plenitud de Fernando, en el catálogo sintético de todas sus virtudes, y con la plenitud de la monarquía, en el recuerdo también sintético de la obra política del rey encarnada en sus sucesores.

La necesidad de documentar todos estos datos obliga a Gracián a echar mano de obras históricas, pero la Historia no es el único material porque *El Político* es una agudeza compuesta<sup>124</sup>, donde se amalgaman, conveniente disimuladas<sup>125</sup>, fuentes de distinta naturaleza: mitos grecolatinos; fábulas, como la del león muerto al que las liebres repelan<sup>126</sup>; emblemas vinculados a la realeza como el águila o el león<sup>127</sup>; sentencias de origen bíblico, escolástico y literario<sup>128</sup>; apotegmas<sup>129</sup> que descienden

<sup>118</sup> Cf. *El Político*, pp. 102-103.

<sup>119</sup> Cf. Aftonio, *Ejercicios de retórica*, ed. cit., p. 237: «Finalmente, el epílogo que se aproxime bastante a una súplica». Como hemos visto aquí y en otros lugares (véase *supra*, nota 116), la organización de *El Político* presenta un notable seguimiento de los consejos de Aftonio.

<sup>120</sup> Cf. *El Político*, p. 96.

<sup>121</sup> Los ministros son bienes externos en la medida en que manifiestan la prudencia y capacidad de elección del monarca. Cf. *El Político*, p. 91.

<sup>122</sup> Quintiliano, *Institutio oratoria*, III, 7, 18, habla de los «ingeniorum monumenta», en referencia a los hechos del personaje alabado que alcanzan la aprobación de los siglos venideros.

<sup>123</sup> Cf. *El Político*, p. 99.

<sup>124</sup> Cf. C. Peralta, *op. cit.*, p. 68: «una agudeza compuesta, compleja, mayor y oculta». El concepto, acuñado por el propio Gracián, se expone en *Agudeza*, LII.

<sup>125</sup> Á. Ferrari, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, pp. 173-174, habló del uso programático de mecanismos de ocultación en *El Político*. Véase también J. M. Oltra, «Conformación de un texto de Gracián...», pp. 163-164.

<sup>126</sup> Cf. *El Político*, p. 83.

<sup>127</sup> Cf. *El Político*, pp. 50 y 77, respectivamente.

<sup>128</sup> Cf. C. Peralta, *op. cit.*, p. 71.

<sup>129</sup> Como dice A. Egido, «El concepto de historia. De *El Héroe al Oráculo*», p. 150: «El aforismo fue la sal del tratadismo político europeo».

a la anécdota particular y dan perfil humano a los personajes históricos<sup>130</sup>; y otros que sería largo detallar. A propósito de los apotegmas hay que destacar que Gracián, que utilizó en otras obras algunos de los dichos de Fernando el Católico, que circulaban en recopilaciones como la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz<sup>131</sup>, prescindió de ellos en *El Político*, como si quisiera limitar su perfil de monarca agudo en el decir y en el hacer, para presentarlo como máximo exponente de la agudeza de acción<sup>132</sup>. El carácter compuesto de *El Político* no es más que un contagio del retrato de Fernando, fabricado con los mejores retazos de los reyes del pasado.

*El Político* es también una suma o compendio de toda suerte de agudezas entre la que destaca, sin duda, la agudeza nominal. Las conexiones entre los reyes del presente y del pasado se pueden establecer en virtud de su coincidencia en el nombre o en el ordinal, como hemos visto, pues ambos elementos constituyen el apelativo histórico, aunque muchas veces es un epíteto el que ocupa el lugar del numeral. Es el caso de Fernando, al que, por si no fuera suficiente uno, Gracián quiere atribuirle otro, de manera que «Fernando el Político» se iguale desde el título con «Fernando el Católico»<sup>133</sup>, remachando así la tesis principal del tratado, que coloca la política prudente, opuesta al maquiavelismo, en el vértice del arte de gobernar<sup>134</sup>, y sustituyendo de paso el paradigma de rey justo y guerrero heredado de la tradición. No obstante, «el Católico» sigue ocupando su lugar relevante porque así lo registraron los bronceos de la tradición, aunque se desviste de su sentido histórico y de su acepción más derechamente religiosa, dado que la defensa de la fe no es sino un aspecto más de buen gobierno, para

---

<sup>130</sup> Cf. M. Á. Pérez Priego, *op. cit.*, p. 51.

<sup>131</sup> Valga de ejemplo el recogido en *El Criticón*, I, 6, p. 884 («es tan imposible como concertar a Castilla y descomponer a Aragón»), procedente Santa Cruz, *Floresta española*, II, 1, 8: «El Rey Católico decía que concertar a Castilla y desconcertar a Aragón era perderlos a entrambos». Cito por la ed. de M.<sup>a</sup> Pilar Cuartero y Maxime Chevalier, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 40), 1997.

<sup>132</sup> Considérese aquí la importancia que tuvieron las colecciones humanísticas de hechos y dichos que, siguiendo el modelo clásico de Valerio Máximo, suministraron abundante material para la argumentación de panegíricos como *El Político*. En particular, para la obra de Gracián, fueron fundamentales los *Detti memorabili di personaggi illustri* de Giovanni Botero. Para el concepto de la agudeza de acción, véase *Agudeza*, XLV.

<sup>133</sup> A. del Hoyo, *op. cit.*, p. 86, subraya que la tipografía de la portada destaca el término «Político» con versales mayores, como si la primera parte del título no fuese más que un epíteto que resalta la personalidad del rey.

<sup>134</sup> Para esta cuestión, véase Elena Cantarino, *De la razón de estado a la razón de estado del individuo. Tratados político-morales de Baltasar Gracián (1637-1647)*, Valencia, Universitat de València-Servei de Publicacions, 1996.

adquirir el valor global que tenían otros apelativos de otros reyes recordados en los compases finales del libro, como «delicias del género humano» o «milagro del mundo».<sup>135</sup> De esta manera «el Católico» es el apodo que engloba todos los apodos<sup>136</sup> y Fernando de Aragón se convierte, por obra y gracia de la literatura, en Fernando el Valeroso, Fernando Magno, Fernando el Político, Fernando el Prudente, Fernando el Sabio, Fernando el Deseado, Fernando el Justo, Fernando el Afortunado y Fernando el Héroe Universal.

#### ANEXO<sup>137</sup>

Primer retrato del *Libro Quinto de los Elogios del doctissimo Paulo Iovio Obispo de Nochera*.

*Debaxo del retrato de don FERNANDO Rey de España llamado el Catholico.*

Este generoso y ensalçado rostro, y presencia digna de rey, tenía don Fernando, famosísimo Rey de España, aquel que tuvo suspensa la redondez de la tierra con fama de aver descubierto un nuevo mundo y en su tiempo tuvo el primer lugar de valor y potencia entre todos los reyes Christianos. Fue gran parte de la felicidad deste Rey casarse con doña Isabel, excelente reina de Castilla (que por la grandeza de su prudente y generoso ánimo y mucha honestidad y virtud merece ser comparada con las heroicas dueñas antiguas.) Uvo en dote con ella el reino de Castilla y juntolo con sus reinos de Aragón y Sicilia, y venció en batalla a los Portugueses que entraron en su tierra; y moviendo sus armas contra Granada, ganó aquel poderoso y florido reino, por lo qual ganó acerca de todos

<sup>135</sup> Aplicados al emperador Tito y al emperador Otón III, respectivamente. Cf. *El Político*, p. 101.

<sup>136</sup> Idea expuesta por Pedro Montón Puerto en «Isabel de Castilla y Fernando de Aragón como modelos en Luis Vives y Baltasar Gracián», en Manuel Criado de Val (dir.), *Literatura hispánica, Reyes Católicos y Descubrimiento. Actas del Congreso Internacional sobre Literatura Hispánica en la época de los Reyes Católicos y el Descubrimiento*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 18-21.

<sup>137</sup> Reproducimos aquí el elogio dedicado a Fernando el Católico incluido en los *Varones ilustres* de Gaspar de Baeza, fols. 129r-131r. Se han excluido de la transcripción las notas en las que Baeza remite a distintos pasajes de su traducción de la *Historia* de Giovio, que en el original se encuentran entre el elogio y los poemas. Para facilitar la lectura, he regularizado el uso consonántico y vocálico de *i/y* y *u/v*. Modernizo también la puntuación y la acentuación, así como la separación y unión de palabras, salvo los casos de preposición más artículo *él* o demostrativo.

tanta reputacion de prudente y valeroso guerrero, que ninguno de los reyes Christianos, ni en hazañas, ni en industria, ni en alteza de ingenio parecía que se le podía comparar. Después adornando con arte de paz (conviene a saber con buenas leyes y prudencia política) a España (fatigada de males intrínsecos) fue tanta su felicidad, discreción y valor, que puso aquel nobilísimo reino en punto de ser el más principal de la Christiandad en religión, potencia y policia. Era maravillosa la prudencia y sagacidad y vigor de ingenio que en este prudentísimo rey se veía. Era Christianísimo, amador único de justicia, estimador de la verdadera virtud, favorecedor de los virtuosos y buenos. Sobre todo era invicto en armas y terrible a sus enemigos y varón de suma fortaleza, y era su constancia tanta, que passava con una misma llaneza lo próspero y adverso de sus cosas, de manera que de su rostro no se podía colegir nada de su intención, disposición y designos. / Por esto como varón dotado de todas excelentes partes, no poniendo términos a su gloria, sacó sus armas y restituyó en el reino de Nápoles a don Fernando de Aragón, a quien Franceses avían echado dél y, muerto el Rey don Fernando, enojose con el rey don Fadrique, su sucesor, porque tratava de dar tributo al Rey de Francia, y no a él, que con su potencia avía defendido aquel reino ganado por el gran valor del rey don Alonso, su tío (que no dexó hijos legítimos) con las rentas del reino de Aragón. Por lo qual concertó con el rey de Francia que partiessen entre sí aquel reino sobre que tanta guerra avían traído y, riñiendo los Españoles y Franceses sobre la partición, echó a los Franceses de aquel grande y florido reino y venciolos en batalla, una vez cabo Gioia y otra cabo la Cirignola y otra cabo el Garellano. Avía antes desto, como príncipe verdaderamente Cathólico, socorrido a los venecianos (a quien Turcos tenían apretados) y avía ganado a los Turcos la isla de la Chefalena que tenían tomada a los Venecianos. Íten, como prudentísimo y virtuoso rey, avía echado de España a los Judíos, queriendo que su reino, que en gloria de guerra florecía, floreciese también en religión; y los Judíos yéndose de España, fueron recibidos del Turco Bayazeto, el qual les dio por asiento a Salonique, ciudad que estava destruida, y con gran daño nuestro enseñaron a los Turcos hazer artillería y otras artes mortales y dañosas. Después este magnánimo y felicísimo rey, para que no uviessen parte del mundo donde no se viessen gloriosos tropheos de sus vitorias, ganó toda la costa de África dende el estrecho de Gibraltar hasta las Xeques, y con sus armas invictas, en todas partes vencedoras, restituyó a los Médicis en el señorío de Florencia que avían andado desterrados diez y ocho años; y socorriendo al Papa Julio, a quien el Rey Luis de Francia hazía guerra, echó de Navarra al rey don Juan, que parecía que favorecía al Francés, y venció otra vez a los Franceses en Navarra; y peleando los suyos en Rhávana en favor del Papa, los Franceses,

aunque vencedores de la caballería, no pudieron romper la infantería Española, y con grandísimo daño sintieron su esfuerzo y valor invicto. Y aun que estas cosas hechas con tanta felicidad en paz y guerra parece que bastaran a hartar la gran sed que de gloria y imperio tenía, hizo guerra a los Venecianos y, vencéndolos en una gran batalla cabo Vicenza, tomoles muchas villas y ciudades, y lombardeó la misma ciudad de Venecia, ciudad superba en mil años nunca vencida. Y siendo árbitro de la paz y guerra en toda la Christiandad, y temido extrañamente de los bárbaros de África, este rey famosísimo murió en Madrigalejos, lugar olvidado de tierra de Toledo a los sesenta y cinco años de su edad, tratando de embiar socorro / al Emperador Maximiliano, que passava a Italia a echar al rey Francisco de Milán. Era hombre de cuerpo mediano pero robusto, notablemente exercitado y diestro en toda disciplina de armas, especial a cavallo. Dignísimo por cierto de un alto y hermoso tropheo sobre todos los reyes de su tiempo. Dexó por erederero de sus grandes reinos al príncipe don CARLOS, su nieto, moço generosísimo de muestra de admirable valor y fortuna, hijo de la reina doña Juana, su hija, y del rey don Filipe, hijo del Emperador Maximiliano, al qual oy, por su gran valor y felicidad increíble de sus hazañas, veneramos como a invictísimo Emperador, dignísimo del sobrenombre de Augusto.

DEL LICENCIADO MACIAS BRAVO

Soy aquel que descubrí  
nuevo mundo y nuevo Polo,  
y los Antípodas vi,  
y tan grande gloria a mí  
concedió fortuna solo.  
De Palas, Marte y Belona  
yo tengo todo el honor,  
y fue tanto mi valor,  
que con sola mi persona  
puse al mundo gran temor.  
Nuevos mares, nuevo cielo,  
nuevos hombres encontré,  
nuevas estrellas hallé,  
nueva claridad y cielo,  
nuevos ritos, nueva fe.  
Por mis hechos valerosos,  
por la gloria que e alcanzado,  
mis estatuas y colossos  
son los nombres gloriosos  
que el mundo todo me a dado.



Con ánimo soberano,  
lleno de ventura y fe,  
y con fuerte y diestra mano,  
del yugo Mahometano  
a toda España libré.  
Mira el pueblo Italiano  
si quieres ver mi valor;  
mira el Turco y Africano,  
el Francés y Veneciano,  
que de todos soy señor.  
Por mi divina intención,  
por mi fe a Dios ofrecida,  
la Christiana religión  
fue con gran veneración  
dilatada y defendida.

## DE GREGORIO SYLVESTRE

Rey supremo y valeroso,  
en todo a todos sobra-  
stes, pues por fuerte y religioso,  
el renombre de glorioso,  
de Cathólico ganastes.  
Y en razón  
de ver tanta perfición  
en vuestro valor inmenso,  
el mundo estuvo suspenso  
y puesto en admiración.  
El término engrandecistes  
de la tierra ciertamente,  
y aunque vos no lo hizistes,  
otro cielo descubristes,  
y otro mundo y otra gente,  
y otro mar;  
y avéis sabido ganar  
tantos trofeos y glorias,  
tantos triumphos y victorias,  
que no se pueden contar. /  
A vuestros fuertes arneses  
y gentiles esquadrones  
se rindieron los paveses  
de los soberbios Franceses  
y las bárbaras naciones.

No perdió  
sino lo que no intentó  
vuestro poder furibundo,  
pues que la reina del mundo,  
Italia, se os sujetó.  
Príncipe maravilloso,  
no se os puede dar modelo  
ni título tan honroso  
si no se os haze un colosso  
sobre las nuves del cielo.  
No presuma  
dengrandeceros [*sic*] mi pluma;  
antes os dexo agraviado,  
pues no puede ser cifrado  
tanto bien en poca suma.